

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 25 DE OCTUBRE DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

ADVERTENCIAS.

Se suplica á todos los señores suscritores que se encuentren en descubierto con esta Administracion, tengan la bondad de satisfacer el importe de sus atrasos para no sufrir retraso en el recibo del periódico.

Empezamos á publicar hoy un precioso cuento inédito y original de un distinguido escritor, ya difunto, cuyo nombre, muy conocido del público, no es el que aparece al frente del cuento.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta obra.

COSAS DEL DIA.

Antes cuando uno preguntaba á otro:—¿Cómo vamos, hombre? el preguntado solia responder:—«Hombre, vamos viviendo,» indicando así que lo pasaba medianamente, si no bien; pero ahora esa respuesta solo la pueden dar en puridad los que cobran del presupuesto, los que cuentan con algunos duros al fin del mes, tan seguros como pueden serlo en un país donde nunca cesa de funcionar la máquina de la cesantía, donde se cuenta como caso rarísimo el del empleado que lo ha sido, sin que le muevan, durante cuatro ó cinco ministerios. Pero los demás, los que viven de la pluma, y no aludo á los polleros, de la industria, del papel del Estado, de las artes, de todo lo que no es el presupuesto y el comercio de artículos de comer, beber y arder, no podemos ya responder *Vamos viviendo*, sino *Vamos muriendo*, que es la pura verdad, y estoy seguro de que nadie me desmentirá.

Y antójase que vamos á morirnos todos sin haber logrado ver cómo acaba esta tremenda crisis de la nacion española, porque la cosa se vá prolongando indefinidamente, y por más que se mire, se conjeture y se calcule, no se vé el fin de todo esto.

Dicen unos que debe establecerse la república definitiva, que sería como volver á empezar el *cantoneo* y todos los desatinos con que viene aparejada la república que piden los aficionados. Aseguran otros que de-

bemos someternos al Sr. D. Carlos, que sería lo mismo que salir de Hércules para ir á Pilatos. Hay quien cree que se podia hacer la union ibérica, así de pronto, como si fuera la cosa más llana del mundo. Otros quieren que venga D. Alfonso, y que no venga su familia; otros que vengan él y su familia; aquellos que venga casi tan liberal como los de la Tertulia, y éstos que venga moderado y con los moderados, y por último hay otros, los que más pueden ahora, que dicen: Pero estando nosotros, ¿qué falta hace que venga nadie? ¿No les vá á Vds. bien? Pues á nosotros sí.—Y no cuento los que aun piensan que sería cosa conveniente que volviera D. Amadeo, ni los que se contentarian con un príncipe prusiano, ni otros que tienen los más descabellados proyectos que pueden imaginarse. De manera que estamos como despues de la revolucion, con las circunstancias agravantes de que tenemos una horrible guerra civil, y no tenemos dinero y tenemos más deudas, y no tenemos con qué pagarlas, y tenemos el más terrible y doloroso de los desengaños, y por consiguiente no tenemos las risueñas ilusiones que entonces teníamos.

Cada vez me afirmo más en la idea de que los cerebros de los españoles están sufriendo hace seis años un desequilibrio completo, que es la causa de que entre todos hayamos puesto á España en la situación en que se halla.

Y no solo en política estamos dejados de la mano de Dios, como se suele decir; lo estamos en todo. Nunca ha habido más crímenes que ahora; los suicidios son ya tan frecuentes que no causan impresion alguna; las mujeres casadas son más solicitadas y perseguidas que las solteras; se falsifica todo lo falsificable; se descubre cada sapo que dá miedo; todo el mundo gasta mucho dinero y nadie tiene una peseta; hacemos un paseo de coches cuando muchos de los que lo tenían se han quedado á pié y los que lo tienen están amenazados de lo mismo; hemos hecho una plaza nueva de toros cuando los toreros se van acabando, y es notoria la decadencia de la afición; las mujeres enmiendan la plana á la naturaleza poniéndose rubias para que se vea que no son lo que parecen, y no cito más pruebas de la general chifladura española, porque no quiero ser más largo. Solamente dan pruebas de tener juicio y prevision los que todas las semanas juegan á la rifa para sostenimiento del Asilo del Pardo. Esos conocen lo conveniente que es sostener una santa casa que será al fin y al cabo su refugio.



estravagante de nuestras formas aparentes somos hasta irrision y aberracion de la madre naturaleza, entonces por terrible que esto sea, entonces somos perdidos. No debia haber entre los seres de la misma especie tanta semejanza. Por ejemplo: ¿qué quereis que salga de un mastin atravesado de regalo y de una perra de aguas mestiza de podenca? Pues eso naturalmente salió. Un perrillo discreto, busca-vidas, humilde, cariñoso; pero ¡ay! segun el dicho del aperador y demás personas entendidas de la servidumbre, aquel hazme-reir, aquel espantajo, no servia absolutamente para nada. Tal opinion pareció muy razonable. Tralla no tenia la fuerza del mastin, ni los piés del podenco; pero en cambio un resto de nobleza del primero de estos abuelos y otro de la acritud y génio avieso del segundo, le vedaban entregarse al servicio algo chusco y penoso del perro de aguas. De aquí que hasta los niños le echasen de la sala y comedor si por acaso tenia la avilantez de deslizarse tímidamente su hocico á través de la puerta.

¿Quién le trajo á la casa? ¡Oh! Lo que es esto se sabia positivamente para echárselo en cara al indiscreto. Lo trajo Rafael, el mayorazgo, el ojito derecho de su madre.

Una tarde fué Rafael á casa de su nodriza, y volvió cargado con aquella prenda. De esto ya hacia cinco ó seis años. El perro era pequeño entonces y el muchacho tambien. La madre toleró al primero por el segundo. Despues los dos crecieron, y el perro fué olvidado. El niño se hizo un bello mozo, pasaba por el

Pero, hablando con formalidad, ¿no les parece á ustedes, señores del gobierno, personajes influyentes en la cosa pública, que sería ya tiempo de hacer algo para la terminacion de este estado de cosas? ¿No sería tiempo ya de convocar unas Cortes, de hacer un plebiscito, de procurar, en fin, una solucion decisiva?

Así no se puede vivir, créanlo Vds., y sería una gloria para Vds. hacer algo positivo, práctico, definitivo, en fin.... República, no prueba; rey extranjero no ha probado, ni puede probar de ninguna manera. Conque me parece que con un poquito de buena voluntad y abnegacion, no sería tan difícil encontrar alguna solucion que pudiera aliviar los males de la patria.

Y no digo más para que no sirva de incomodidad.

REVISTA DE VARIAS COSAS.

Hablando de caprichos y manías, no puedo menos de acordarme de los teatritos que dan funciones por entregas de á real ó real y medio, á razon de cuatro cada noche. Los hay dedicados á la zarzuela, los hay que lo están á la comedia, y aun el drama y las obras de magia suelen caber en sus pequeños escenarios, además del baile, que es tan de rigor en muchos de ellos como el principio en las casas de huéspedes de á seis reales.

En estos teatros los estrenos es lo único que no está reducido; por lo demás, el local es reducido, reducido el escenario, reducida la compañía, reducido el sueldo de cuantos trabajan, reducidos los derechos de los autores, reducida la orquesta, y reducido el tiempo de cada funcion. En cuanto á las ganancias obtenidas por los empresarios, me figuro que no en todos ellos han de ser igualmente reducidas.

El público, y aquí entra la manía ó el capricho, llena aquellas salas, y dice que lo hace por dos razones: la una porque los tiempos están muy malos, y semejante diversion es muy barata; la otra, porque viendo una funcion ó dos no se echa á perder la noche. En cuanto á que los tiempos están muy malos, convenido; lo que es para mí no están muy buenos. En cuanto á la baratura... á real y medio tienes butacas; pero si no te agrada andar cambiando de sitio en cada una de las cuatro funciones, si quieres varias juntas para llevar á tu familia, ó si deseas estar en buena fila, por precision tienes que acudir á los revendedores, y te cuesta dos reales cada asiento por

lado del perro y jamás le miraba: el perro no cambió.

Sin embargo, ¿qué lazo misterioso se mantenía entre ellos? En Tralla era un afecto contenido, tímido, invariable: en Rafael era esa indiferente compasion que solo se despierta ante la vista de lo que se ha amado y no se ama ya. Era la única persona de la casa que no le maltrataba, y tambien la única que el pobre animalito se atrevia á acariciar algunas veces. Rafael decia entonces:

—¡Quita! ¡Abajo! Y el perro se bajaba.

Pero le permitia seguirle casi todas las veces que salia de caza con otros amigos y con los demás perros, siempre que iba á caballo á algun paseo melancólico ó á hacer alguna compra á Gibraltar.

Era este perro un gran explorador y muy sentido. Tal era Tralla.

II.

En cuanto á nuestro Orestes, el caballo Cid, era otra cosa.

Bello, arrogante, altivo, fuerte, veloz y de raza purísima, tenia su abolengo como duque y era el tercer amor de Rafael. Alguna mala lengua aseguraba que era el primero, y que el gallardo señorito le anteponia en su corazon hasta al afecto que debiera á su madre. Mas esto no pasaba de una hablilla que benévolamente circulaba en la casa.

La señora lo oia, y exclamaba riéndose:

—Mientras que mi niño no me abruma con otros rivales... No quiero nueras, ni pintadas.

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

I.

No se trata aquí del hijo de Clitemnestra, ni de aquel Pilades cuya amistad ha hecho á entrambos más ilustres que su egregia prosapia y sus desdichas: no, señores. Otro país, otro escenario, otra amistad, otros personajes, otra lengua y aun otros sentimientos, darán impulso y vida á nuestra humilde relacion.

Hé aquí nombre, retrato y estado civil de nuestro Pilades, de nuestro héroe.

Llamábase Tralla. ¿Quién le puso este nombre á su venida al mundo?

Esto se ignora completamente.

Sigamos adelante.

No era Tralla ni pequeño ni grande, ni gordo ni flaco, ni feo ni bonito, ni viejo ni jóven; pero era en cambio inmensamente desgraciado.

Cuando no pertenecemos á una raza pura; cuando la razon de ser no precede á la vida; cuando por la ineptitud de nuestras facultades físicas, no somos aplicables para un oficio dado; cuando por lo eventual y



entrega. Son ocho reales: por diez ó doce encuentras butaca más cómoda y desahogada, butaca desde la cual verás un espectáculo mucho más agradable y decorosamente presentado.

Respecto á que no se echa á perder la noche, yo creo precisamente lo contrario. Si vas á la función de las nueve ó de las diez, ¿en qué te empleas hasta entonces? En *hacer tiempo* en el café. Si sales á las once, ¿á dónde vas á esa hora? Al café á *hacer tiempo*; y si es una señora la que asiste, en prepararse primero y deshacer despues los preparativos, se le vá mucho más tiempo que en ver la función. No hay que hacerse ilusiones: la noche es perdida, y perdida para ver una pieza, que, ó es buena y la has visto cien veces mejor representada, ó vale por lo comun muy poca cosa.

Y á tanto llega la manía, que es de ver cómo ese público, turbulento y descontentadizo en otras partes, en esos teatros espera cada hora con la mayor resignación en el portal ó la escalera que salga la gente de la función anterior, sin que el frío le asuste, ni un plantón de veinte ó treinta minutos le haga bostezar siquiera.

¿No dije con razón que me sobrarian caprichos para dar asunto á mis Revistas?

Y aquí viene de molde otra manía, ya que se trata de comedias en un acto. ¿Por qué tienen los teatros de primer orden tan olvidado ese género? ¿Caben en él obras tan agradables y tan ligeras! No comprendo la razón de semejante sistema; porque indudablemente hay en esto algo de sistemático. ¿Es que los primeros actores creen poco dignas de ellos ó poco á propósito para su lucimiento las comedias en un acto? ¡Oh! No es posible. La Ristori conseguía un triunfo cada noche que representaba *I Gelosi fortunati*; y entre nosotros, ¿quién es capaz de olvidar los cuadros en que tanto se distinguían y tantos aplausos arrancaban los Sres. Arjona, Romea, Valero y Catalina, y las señoras Díez, Lamadrid é Hijosa?

Si los principales coliseos no quieren formar función con varias piezas por no parecerse á los teatros de á real la butaca—y tampoco debe ser esa la razón—podían estrenarlas como fin de fiesta. En coliseos que con razón presumen de elegante concurrencia, ¿cuánto mejor no sería terminar el espectáculo con una pieza culta, ingeniosa, bien dialogada, que no con *Caldereros y vecindad*, *Los zapatos*, *El Payo de la carta* y otros sainetes, no de los mejores, y desempeñados de cualquier modo?

No sé, en fin, por qué razón no se estrenan piezas en los teatros principales; pero si este sistema se hubiera seguido siempre, la verdad es que careceríamos de tantos y tan preciosos originales y arreglos como hay en este género, que sólo por los primeros actores pueden hacerse, dándoles vida y adornándolos con esos detalles que son el alma y la dificultad de representación de tales obras.

En Madrid no deja de haber inscripciones, de tiempo de Carlos III casi todas, notables por su exactitud y su esquisito gusto literario. Por una de ellas sabemos que el Botánico se creó en el reinado de aquel buen Monarca *civium salutis et oblectamento*; otra nos

De los chiquitines no se diga. Todos estaban embobados con Cid, y no había premio que igualara para ellos á pasar un ratito [sobre su] lomo, cuando sacaban bien su plana en la escuela ó daban de corrido la lección.

En la mesa todos le guardaban un postre: este era un dulce, aquella una tajada de melon, el otro una manzana: tan pronto como los muchachos cogían algunos cuartos, los gastaban con él en piloncillos de azúcar ó bombones: las niñas le llevaban las rosas del jardín; por último, la señora misma había tenido á bien cederle un espejo que, colocado con ligera inclinación sobre el pesebre, aquilataba su amor propio y osadía con el conocimiento exacto y constante de su gran belleza.

Por supuesto, que aquella cuadra parecía un estrado. En el verano estaba fresca; abrigada en invierno, y en todas las estaciones, limpia, barrida y reluciente como taza de plata.

El mozo de la cuadra, que era un viejo yeguarizo jubilado, solía decir:

—Al *potrillo* hay que tratarle como á la misma persona de la señora.

En consecuencia, tenía serios debates con Rafael como volviera Cid sudado un pelo; tomaba por injuria personal cualquier tacha que al *potrillo* se ponía, y le daba la acera en la calle siempre que lo llevaba al agua. ¿Con tales antecedentes, supondreis que el pobre Cid era orgulloso, duro de corazón, ó engreído?

Pues nada menos que eso.

dice que el ministerio de Hacienda no se hizo para Ministerio, sino que fué *ades publica, jussu et sumptibus Caroli III exportandis mercibus extracta*. El mismo, *naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem consociabit*, según dice la casa medianera de la anterior; y él abrió también, y así lo anuncia la puerta de San Vicente, el camino de ambas Castillas.

Pero todas estas leyendas nada valen comparadas con la que acaba, no de esculpirse, sino de pintarse con modesta tinta negra en la Plaza Mayor.

Sobre el friso que corona los soportales fronteros de la Panadería, se han escrito en letras gordas las palabras: TERCERA CASA CONSISTORIAL. Cuando se picaba la piedra de aquellos arcos, fácil era suponer que alguna importante mejora se preparaba; no creo, sin embargo, que á nadie se le ocurriese que esta mejora era poner en el edificio la etiqueta de TERCERA CASA CONSISTORIAL.

La primera idea que asalta la imaginación al leer este renglón, no es la de admirar su oportunidad ni su mérito literario, sino la de preguntarse á sí mismo ó al que está más cerca: ¿Cuál es la primera y cuál la segunda casa consistorial?—De suerte que la inscripción es una especie de acertijo hasta que se estampen otras dos en otros tantos edificios municipales.

Yo me figuro que la primera casa consistorial será la de la Plaza de la Villa, y la segunda la Panadería, y comprendo que habiendo dicho al público cuál es la tercera casa consistorial, como solución del acertijo es necesario decirle pronto cuál es la primera y cuál es la segunda, aunque para poner el letrero sea preciso borrar ó restaurar en esta (que todo viene á ser lo mismo) los famosos frescos.

Y aquí se me ocurre un cuento, que voy á referir á mis lectores. En un pueblo—no diré su nombre ni el de la provincia—determinó el ayuntamiento que en la casa de la villa se colocara una inscripción que revelase el destino y la propiedad del edificio. Era pequeño el espacio entre dos ventanas donde el lema *casa consistorial* había de dibujarse, y el pintor, que fué allí de paso á ver lo que salía, porque en Madrid estaban entonces las cosas muy malas, no sabía hacer más que letras gordas. Creyó, sin embargo, que apretándolas un poco, cabría en un renglón; y con efecto, al llegar á la segunda ventana sólo había escrito CASACON, por lo que tuvo que poner debajo el resto, ó sea SISTORIAL; y debo advertir que en la segunda línea, porque no le sucediera lo mismo, empezó por la última letra, por lo cual le quedó un espacio vacío delante. La inscripción, pues, que se presentó al desconocer el alcalde solemnemente la cortina entre engalanada concurrencia, cohetes, vivas y dulzaina, era la siguiente:

CASACON

SISTORIAL.

Muy mal pareció á los principales del pueblo la obra, porque al deletrear la inscripción (que de corrido no había muchos que leyesen) les sonaba á otra cosa de lo que esperaban, y aun así como á prenda de vestuario. Determinó, por lo tanto, el municipio que se corrigiese la falta, y habiendo observado, no sé si el sacristán ó el barbero, pues en esto no se hallan de acuerdo las opiniones, que en el primer renglón sólo debía decir CASA, y CONSISTORIAL en el segundo, y que

Tenia, sí, perfecta idea de su mérito propio; hallaba justas todas las atenciones de que era objeto; parecía un poco descreído y nada romántico; pero nada más.

En resumen reíase del mundo, dejábase querer, comía á boca llena: empero era amigo de sus amigos, teniendo tan exacta idea de lo justo y de lo injusto, que jamás le cegó su propio bien ni el amor que á la familia profesaba, hasta el punto de cerrar los ojos sobre la injusticia de que Tralla era objeto

III.

Esto fué como la aurora de su amistad; Tralla no era envidioso.

En un principio admiró á Cid: luego llegó á amarle como todo el mundo: no, mucho más que todo el mundo.

Cid era su protector, su amigo casi inseparable, su confidente: Cid le amaba á él desde su altura, le acariciaba, le consolaba. ¿Qué mucho si él, pobre perro sin amo, se consagraba á Cid en cuerpo y alma?

Tralla era agradecido como una fea, y noble Cid como un sultán.

De aquí que la amistad de entrambos fuese admirable, inextinguible, conmovedora.

Chapín dijo una vez en su tertulia, (Chapín era el nombre del mozo de cuadra):

—No ha sido chica suerte la del perristrájo. Al *potrillo* le ha dado por él. Ya se sabe, como el señorito

en este había hueco para aumentar el con que sobraba en aquel, determinóse en sesión extraordinaria que así se corrigiese.

Añadió, pues, el pintor delante del sistorial el con, reclamado por el pueblo; pero no borró el que sobraba arriba, por no haber habido acuerdo sobre esto, y la inscripción quedó de la siguiente manera:

CASACON

CONSISTORIAL.

En cuya forma la admiran todavía los viajeros.

He referido este cuento, no por otra cosa sino porque dicen que uno de los regidores que en él intervinieron estuvo hace poco en Madrid, y contemplando el palacio del Ayuntamiento y la casa Panadería, exclamaba con envidia: «¡Aquí sí que cabía perfectamente lo que pusimos en mi pueblo! Entre balcón y balcón, empezando por las torres, iría yo repartiendo por sílabas el letrero.» Así está el título del *Hotel de las cuatro naciones* en la calle del Arsenal, y á fé que se lee bien pronto y sin equivocarse.

Madrid tiene ya un nuevo síntoma de civilización, además de los toros y las cacerías de perros con alambre. El Retiro abre de par en par sus paseos á los coches de todas clases. Aquellos bosques, frecuentados sólo por pájaros, suicidas y cesantes, van á ser el *rendez vous*—no sé decirlo en castellano—del *elite* del *high life* española. Donde hubo hermosas calles de frutales, pinos y olmos, habrá una carretera; á la menuda arena sucederá el enlodado arrecife; al aroma de las flores el olor del estiércol, y los árboles que olvidó el hacha morirán envenenados por el polvo. En cambio los que tienen coche no pasarán por la humillación de dejárselo á la entrada.

Era preciso que los carruajes cruzaran el Retiro, porque hay gentes para quien el coche es lo que para el caracol la concha; y á fin de que los coches quepan, ha sido necesario destruir el Retiro. ¿Qué importa! Rodarán sobre el terreno donde estuvo, y el capricho queda conseguido.

La opinión pública se ha mostrado unánime en contra del destrozo. Este se ha hecho sin embargo. ¡Paso á los coches, alarde de vanidad en unos, motivo de envidia para otros, y emblema de las ambiciones mezquinas de este siglo pequeño y egoísta!

Los restos mortales de D. Pedro Calderon de la Barca han vuelto por fin al puesto que ocupaban en el Campo santo de la sacramental de San Nicolás. Arrancáronlos, hace más de cinco años, del sitio en que yacían, como los de otros trece hombres ilustres, para darles honorífico lugar en un panteón nacional, y no se les dió otra cosa que un rincón en San Francisco, muchas varas de percalina de colores en forma de pabellones extranjeros, y una inscripción irrisoria en la fachada.

Abierto ha quedado al tránsito el aéreo puente de la calle de Segovia, con excelente acuerdo inaugurado para que pasase Calderon de la Barca. Señalado está el camino. Por donde pasó el primero pueden pasar los restantes. Ayuntamientos y corporaciones que cedistéis los restos del Gran Capitán, de Garcilaso, de Juan de Mena, de Ercilla, de Lanuza, de Am-

quiera lucirse en Gibraltar si es día de carreras; que las niñas le miren y los hombres le envidien; han de llevar á ese *felómeno* por delante, como quien dice de correo de gabinete.

—¿Y por qué es eso, señor Chapín?—preguntóle alguno.

—A ver. Porque quieres tú que sea, papanatas—contéstole el otro con todo el aire de presopopeya de un viejo andaluz que ha pasado muchas noches en claro.—Porque si no el pícaro potro se desavía y no consiente en hacer ninguna monada.

—¿Qué me dice Vd.?

—Cabaes.

—Un caballo que es una pintura.

—Y tan *puesto y repuesto*. El picador de Ronda nos cuesta un ojo de la cara. Pues ahí verás. Ni el mismo Santiago que bajara del cielo con espuela y todo, le sacaba á ese pícaro el paso tan señor y natural que tiene.

—Diga Vd. que cayera por mi cuenta. Cuidado que yo he visto....

—¿Qué has de haber visto tú en el mundo, pelele?—interrumpióle el viejo con noble indignación.—¿Qué vienes tú á contarme á mí de las querencias de los animales? Yo he sido yeguarizo veinte años y sé *mas casos pláticos de historia natural* que caben en diez libros como ese de *El Buffon*, que trae el señorito á cuestras por pintarla.

(Se continuará.)

proso de Morales, de Quevedo, del marqués de la Ensenada, de Villanueva y de D. Ventura Rodríguez; vuestra será la culpa si por no reclamarlos, como la sacramental de San Nicolás ha reclamado al autor de *La Vida es sueño*, continúan por más tiempo en San Francisco: de vosotros, y sólo de vosotros, depende que tan gloriosos despojos sigan almacenados en una capilla, expuestos al polvo y al diente de las ratas, ó que vuelvan á la paz de los sepulcros en que descansaban, y de que solamente salieron para una manifestación política é inoportuna.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CARTAS DE MISS DY.

SEXTA.

Una escursión curiosa.—El Volga.—La feria de Nijni.—La religión sirviendo de testigo.—Los armenios y sus trages.—Una deuda ruidosa.—El regreso á Moscou.—Impresiones de un baile.—Un thé de confianza.—Sobre el tapete.

Moscou 16 de Agosto.

Hace dos días regresamos de una escursión curiosa: este señor Velazquez, inventando expediciones, nos llevó á la feria de Nijni Novogorod, tan notable en las costumbres de Rusia; y á la verdad que no nos arrepentimos, porque aquello es digno de visitarse.

El camino, inclinándose hacia Oriente, se recorre en nueve horas, atravesando un paisaje muy bello, y que nosotros pasamos casi sin sentir, distraídos con las discusiones y ocurrencias de los dos amigos, siempre amantes y siempre riñendo.

Nijni está situado en las elevadas colinas del Volga, ese río tan grande y tan querido de los rusos, á quienes no hay forma de convencerde que la América, mi país, contiene rios mucho mayores: contestan á esto que el Volga es un gigante que recorre las tres cuartas partes del imperio, es decir, al pié de 4.000 kilómetros, y que en su curso tortuoso vá fertilizando y enriqueciendo el país: nadie los convence de otra cosa; les perdono este amor al país.

La feria está establecida en una península de Nijni, formada por el Oka, el Volga y el lago Mechtcherskoie; en ella existen 3.000 tiendas llenas de mercancías de todas clases. Los productos de Occidente á la derecha, á la izquierda los de Oriente, y sirviendo de centro las galerías chinas con sus edificios de formas fantásticas, y llenas continuamente de mercaderes persas, tártaros, armenios é indios.

—¿Y aquella multitud de templos que se ven en las colinas inmediatas? preguntó Velazquez.

—Aquellas iglesias, Enrique, son la expresion de todos los ritos y religiones; pero tienen además un objeto muy meritorio.

—Veamos.

—Porque aquí la religión es el testigo; representa la salvaguardia y la buena fé del comercio.

—Valientes serán ellos cuando convierten á la divinidad en escribano público. Ahora, observen ustedes la variedad de trajes, y entre todos, esa multitud de hombres que se pasean, con la cabeza afeitada y desnuda y una bata sujeta á la cintura con una faja: algunos de ellos, no obstante, suelen usar sombreros de fieltro de formas cónicas, y áun otros los veo con gorros de pieles.

—¿A qué país pertenecen? pregunté á mi padre.

—Son armenios, Dy, me contestó; ese país dividido hoy entre la Rusia, la Persia y la Turquía, despues de haber pertenecido sucesivamente á los árabes, á los griegos, á los mamelucos y á los otomanos.

—Voy á salir de una duda preguntando el origen de estos trages, exclamó Velazquez, deteniendo á uno de ellos, que no entendió lo que se le preguntaba; mi padre corrió en su auxilio en lengua rusa.

—Estos trages son el hábito y el respeto de nuestros antepasados, contestó el armenio, haciendo una reverencia.

—¿A qué antepasados alude? amigo Roch.

—No lo sé á punto fijo, Enrique.

—Pero hombre, ¿vos no sabéis nada de seguro?

—No mucho, Enrique.

—Pues estamos iguales.

En uno de los lados del Bazar se presentan los productos rusos que van al Asia, y en el otro los del Asia que se reparten por el imperio ruso: en este último es donde abundan los trages raros, todos flotantes y todos distintos entre sí en tela, en corte, en color y en adornos: al extremo de este Bazar se encuentran los objetos de la India, y el conjunto produce un golpe de vista tan extraño, como caprichoso.

La mañana anterior á nuestro regreso ocurrió un hecho gracioso, que no puedo resistir á la tentación de recordarlo.

Recorriamos mi padre y yo tantas curiosidades, cuando nos vimos interrumpidos por Velazquez, que llegaba risueño y precipitado.

—¿Y Mr. Roch? le preguntamos.

—Allí le he dejado pagándome una deuda, dijo, señalando la portada de un templo extraño.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: ayer me paseaba solo; entré en aquel templo en los momentos del oficio, y concebí el propósito de descartarme de una deuda antigua con mi buen Roch, que allí viene todo místico y espantado.

—Me debeis dos, Enrique, exclamó apenas nos reunimos.

—En paz, querido Roch.

—Pero, ¿qué os ha sucedido? preguntamos con interés.

—Nada; cosas de Enrique: figúrense Vds. que esta mañana me invitó á presenciar los oficios de aquel templo calmuko, para mí completamente desconocido: acepté el convite, y á las diez entramos en el templo.

Delante de nosotros teníamos una nave con la bóveda alta, muy parecida á nuestras iglesias católicas de la Edad media: á lo largo de las paredes laterales se ven muchas ventanas estrechas y abovedadas, abiertas en un muro muy espeso: todas tienen encima un banderín con mil figuras de colores. En el centro de la nave hay una gran silla de piedra de gran dimensión, y en el testero una mesa en forma de altar, con un ídolo muy feo y acurrucado, revestido de un manto largo, sucio y amarillento.

Unos 400 fieles, arrodillados respetuosamente en dos filas, enfrente la una de la otra, aguardaban el oficio, ocultando entre los pliegues del manto un bulto, que me dijo Enrique eran túnicas para vestirse.

En aquel momento, me añadió, que iba á traer á Vds., según habian convenido; que los esperase allí, y que apenas saliera el sacerdote, tendria que volverme contra la pared, puesto que ayer le habian obligado á hacerlo: yo, bueno de mí, que nunca acabo de comprender las picardías de Enrique, le creí, asintiendo con una inclinación de cabeza.

Salió por fin el lama, vestido con un manto muy largo y de colores chillones y en la cabeza un gran casquete puntiagudo: este trage me era conocido, porque es el distintivo de los sacerdotes de la religión del Tibet, esa gran región del Asia central, que toma carácter de la China, de la India y de la Mogolia.

Siguiendo, pues, la observación de Enrique, volví el rostro á la pared, y casi simultáneamente, un ruido atronador, espantoso, me hizo dar un salto hacia atrás y tomar la puerta despavorido, creyendo que el templo se desplomaba sobre mí.

Pasado el primer susto, retrocedí para examinar lo que producía aquel infierno, y entonces comprendí la intención de Enrique.

Los bultos, que me aseguré muy formal eran hábitos con que los fieles se vestían durante el oficio, resultaron ser enormes tambores, y al salir el lama las 400 criaturas con 400 tambores prorrumpieron á gritos descomunales, tocando todos con nerviosa fuerza y produciendo aquella tormenta religiosa.

—Estamos en paz, querido Roch, volvió á repetir este incorregible español.

A las cinco de la tarde regresamos de la expedición: á una milla de Moscou encuéntrase el palacio imperial de Petrowski, donde los czares se detienen ántes de hacer su entrada en la ciudad; algo más próximo hay una linda estación, donde se enlaza el ferrocarril del Norte con el de Oriente, por cuya circunstancia nos apeamos breves instantes.

El sol en su esplendor envolvía con sus rayos oblicuos las doradas cúpulas, los brillantes remates de las quinientas iglesias de Moscou, y aseguro á Vd. que el horizonte aparecía como una de esas iluminaciones aéreas que se presentan en la decoración de una ópera de gran espectáculo: es lástima que las calles no correspondan á su brillante conjunto, porque por regla general son sucias y mal empedradas, y hasta las casas, feas y raquíticas, parecen juguetes al lado de los vetustos muros y de las mil campanillas de bronce de sus templos: diríase que es una ciudad de pigmeos encerrada en otra ciudad de gigantes...

Anoche asistí á un baile en el palacio de la condesa Adelina Ucranina. ¿Estaria magnífico? preguntará usted; no lo sé, amigo mio. El gran mundo siempre es el mismo en todas partes. Vá en pos de las distracciones y encuentra el fastidio: esperaba ver ejecutar alguna danza extraña, algo nuevo, y tuve que contentarme con el bullicio y la monotonía de siempre: los mismos diamantes, las mismas flores y los mismos vestidos, con la misma falta de naturalidad, la ficción, lo cómico; por eso nos retiramos muy temprano. No tengo inclinación á estos placeres, tan efimeros para mí, como supremos para otros seres; pero tampoco pretendo imponer esta opinión mia, recordando á Pope, quien decía que las opiniones son como los relojes, ninguno marcha igual al otro, y cada cual atiende al suyo.

A las once de la noche tomábamos el thé en nues-

tra habitación, y reunidos á nuestros compañeros de viaje.

El Sr. Velazquez nos demostró anoche mucho juicio y no escasa instrucción; casi le desconocimos, pues no suele pecar por el lado serio.

Me reservo para otro día el apuntar á Vd. la discusión que se promovió entre ambos amigos, en la que tomamos nuestra parte. Hoy me limito á indicar que el Sr. Velazquez es un ardiente defensor de España, y lo hace con fundamento y con ingenio: al retirarse nos decía poco más ó menos:

—No extrañen Vds. este calor mio, cuando por todas partes no oigo más que censuras; yo, que no viajo tan de balde, aprendo á conocer los defectos, pero descubriendo las virtudes de los demás pueblos, que teniendo mucho de qué reprocharse, siempre los encuentro soberbios y pedantes, pretendiendo oscurecernos con sus resplandores.

Hasta otro día.

Dr.

Es traducción.

LUIS RACETI.

ENTRE SÁBANAS.

COLECCION DE SERMONES NOCTURNOS DIRIGIDOS POR DOÑA MANUELA AL SEÑOR PEREZ, SU ESPOSO.

DÉCIMOSEXTO SERMON.

Perez ha indicado á su mujer que vá á traspasar la confitería, porque vá á ser colocado en la Direccion de la Deuda, por sus méritos como socio de la Tertulia y consecuente progresista.

—A ver si esta noche me sucede lo mismo que ayer y anteayer. Tú no sabes lo que me sucede, porque como te duermes como un poste, ni adviertes las vueltas que doy en la cama, ni reparas que paso desvelada toda la noche. Sí, Perez; desde que me has dicho lo del traspaso estoy sobresaltada y llena de inquietud, porque Dios sabe lo que nos vá á suceder. Al fin y al cabo, con la confitería hemos vivido hasta ahora, gracias á Dios, y con los panecillos por San Anton, los platitos de dulce y los manguitos por San José y el mazapan por Nochebuena, íbamos saliendo; y más hubiéramos ganado si tú fueras otro hombre. No creas que á mí me gustaba al principio la confitería, porque al fin, yo no estaba acostumbrada á tener tienda ni á servir á nadie; pero como á todo se hace una, ya estaba yo muy en ello; y lo que dice mi mamá, porque una tenga confitería no deja una de ser una señora, tan señora como la más principal. No, no creas que me parece mal que te den ese empleo en la Direccion de la Deuda; pero lo que temo es que te dure poco, porque tú no sirves para eso, y mucho me alegraría de equivocarme, que no me equivocaré. ¡Pues bastante entiendes tú de dirigir la Deuda!... ¡Tú que no distingues una moneda, y en viendo una amarilla en seguida largas cinco duros por ella!... Y sino, la que te metió aquella señora, aquel pendon, y que tú me quisiste hacer creer que la habias pasado. Si tú fueras un hombre listo, despierto, de esos que cortan un pelo en el aire, ya lo creo que podrías tomar ese empleo, y ántes de mucho serias ministro de Hacienda, y harías mucho bien á tu mujer y tus hijos, dejándonos un buen pasar cuando tú te murieras, si Dios te dá salud. Pero tú, ¡bonito papel vas á hacer tú en la Direccion de la Deuda!... Puede que como eres tan blando con todo el mundo, ménos con tu mujer, le perdones la deuda á todo el que vaya allí; y si es alguna señora, como la de los cinco duros, de fijo que le das dinero encima. ¡No te ries poco!... Sin duda habré dicho algun disparate. Es claro; tu mujer no dice más que disparates. Los que dicen cosas buenas son esos sábios de la Tertulia, que te han vuelto el juicio con sus discursos, que parece mentira que haya hombres regulares que vayan á oír decir tantas tonterías.

Eso sí; tú tienes engañados á todos, hasta á *La Correspondencia*. ¡No me he reído poco! Me ha dado risa y pena al mismo tiempo, leyendo hoy en *La Correspondencia* que el Sr. Perez, consecuente progresista, está indicado para un puesto en la Direccion de la Deuda, y que lo aceptará, aunque no es de la importancia que merecen sus antecedentes y servicios. ¿Cómo habian de haber puesto semejante cosa, si te conocieran? ¿Cómo te habian de llamar consecuente, pongo por caso? Que se lo pregunten á tu mujer, que despues de haberla engañado para que se casara contigo, que ella bien pocas ganas tenia de casarse, la miras como á un perro y la tratas como si fuera una criada; es decir, mucho peor, porque criada hemos tenido que la tuve que poner en la calle porque no hacias más que ponderar el buen pelo que tenia, y te se iban tras ella los ojos, y si yo no hubiera andado

lista, el mejor día hubieses abandonado tu casa, y... Dios me perdone, pero ya creo á los hombres capaces de todo, y á tí especialmente.

¿Conque estás decidido á traspasar la confitería?... Para bien sea, y quiera Dios que no tengamos que arrepentirnos. Ahí tienes á D. Julian, el abaniquero, que tambien traspasó la tienda, porque le emplearon ahí en eso de las indirectas, y tres meses le duró el empleo, y está el hombre ahora reducido á hacer alguna que otra compostura para el que le tomó la tienda, que está ganando un dineral en ella. Ya ves que á mí más me gustará estar en mi casa y tener usía, porque supongo que con tu empleo tendremos tratamiento todos los de la familia; pero como una ha visto tantos ejemplares de gente, que por querer elevarse ha caído el gran porrazo, por eso tengo miedo de que nos suceda lo mismo. Y sobre todo, que tú no sirves más que para oír como un bobo á los que hablan en la Tertulia; pero en cuanto te pongan en la mesa de la oficina, ni siquiera vas á saber por dónde empezar. ¡Digo! ¡y ahí es nada, en la Direccion de la Deuda!... ¡Pues apenas habrá allí que hacer!... Precisamente todo el mundo está debiendo hasta el modo de andar. ¡Ah! oye; ahora que te meten en eso de la Deuda, á ver si le cobras á aquel amigote los veinte duros que le prestaste cuando tanta falta hacían en casa. Pero eso no lo harás tú... ¿qué has de hacer?... Lo que tú harás será perdonar á todo el mundo las deudas y comprometerte por cualquiera, y á ver si te ves en una cárcel... En fin, ¡cómo ha de ser, una no ha de estar nunca tranquila y sosegada!

CASCABELES.

La comedia *El árbol sin raíces*, de los Sres. Herranz y Bremon, ha obtenido muy buen éxito en el teatro Español, siendo primorosamente representada por los actores de dicho coliseo. Lo celebramos mucho.

El otro día leímos en el cartel de un teatro de Madrid:

A las nueve *El arcediano de San Gil*.

A las diez *En el cuarto de mi mujer*.

A las once *¿A mí qué?*

Ha comenzado á publicarse una obra que se titula *Los ministros en España desde 1869 á 1874*.

La obra no dejará de ser curiosa si en ella se hace justicia seca á todos los personajes y personajillos que han desgobernado el país en ese período.

Se han puesto á la venta las últimas obras de nuestro amigo y colaborador D. Luis Raceti, tituladas: «La carrera civil.—Tipos ultramarinos,» 1.ª y 2.ª parte.—«Viaje alrededor de una cartera.»—«En un país desconocido.»

Cada tomo consta de 300 páginas, y cuesta 8 reales.

Se las recomendamos á nuestros suscritores.

Segun dice *Asmodeo* en una de sus interesantes Revistas de la *Epoca*, una ilustrada dama de la aristocracia ha escrito una comedia titulada *Donde menos se espera...*

Deseamos ver esta obra en escena, y celebraremos que obtenga un triunfo la distinguida autora.

Dos nuevos teatros se van á inaugurar en Madrid: uno en la plazuela de la Paja y otro en la calle de Luzon.

La literatura dramática podrá no estar de enhorabuena con el refuerzo, pero en cambio la industria cafetera se desarrollará. Porque suponemos que en dichos teatros no faltará el indispensable café con las correspondientes medias tostadas.

El jueves se inauguró el paseo de carruajes en el Retiro.

El paseo es muy hermoso, y el duque de Fernan-Núñez merece un aplauso por la actividad é inteligencia con que ha llevado á cabo esta obra, costeada por él en parte.

Si me envía el coche algunas tardes con gusto iré á darme tono en el nuevo paseo.

Muchos tomos de los *Cuentos de salon* y de *Los Niños* nos fueron sustraídos del almacén que tuvimos en la Plaza de Matute, y vendidos á bajo precio á especuladores de poca conciencia. Lo advertimos nuevamente al público para que sepa la mala procedencia de los libros citados que vea en ciertos puestos.

Mucho celebramos que la nueva artista señorita Soler Di-Franco haya obtenido el mejor éxito cantando la zarzuela *Estebanillo* en el teatro de Apolo. Esta artista es sobrina de las hermanas Clarice y Carolina Di-Franco, tan aplaudidas en los buenos tiempos de la zarzuela y de las cuales la primera está retirada de la escena, y la segunda murió en Barcelona hace dos años.

No participamos en absoluto de las ideas que profesa la persona que nos escribe con la firma de *Un estudiante soldado*; pero, por lo mismo, creemos muy dignas de atención algunas de sus observaciones. La libertad de enseñanza, conforme se había comprendido y practicado en España, solo había producido la expedición de algunos millares de títulos profesionales á favor de personas que acaso no sabían leer. No exageramos: expedientes existen que demuestran haberse dedicado un individuo á examinarse por muchos otros, haciéndoles obtener títulos que nunca hubieran soñado en alcanzar. Conocido el procedimiento, todo quedaba reducido á dar unas cuantas onzas de oro, para poder asesinar legalmente á la población entera de España.

Sin embargo, nuestro comunicante nos hace ver los perjuicios que en las actuales circunstancias se irrogan á 10 ó 12.000 jóvenes que teniendo empezada su carrera con arreglo á la libertad de enseñanza, se ven hoy obligados á abandonarla por las exigencias del servicio y las trabas que para los estudios imponen los últimos decretos. Justo sería que, sin prescindir del espíritu de las nuevas disposiciones sobre enseñanza, se procurase no hacer más aflictiva de lo que ya lo es la suerte de los llamados al servicio de las armas.

Entre las publicaciones de la semana se cuenta un folleto nuevo, titulado: *La guerra y la constitucion del país*. Su éxito fué tan extraordinario, que en veinti-

cuatro horas se agotó la edicion... por el señor gobernador de la provincia que la recogió.

Una curiosa polémica han venido sosteniendo últimamente los periódicos *La Política* y *El Gobierno*, acerca de si el jefe del Estado tiene ó no tiene atribuciones para nombrar ministros, sin incurrir en el enojo de las potencias extranjeras.

La *Correspondencia*, terciando en la cuestion, dijo un día que no y al otro que sí; y no contenta todavía con su cambio, setrató duramente á sí propia por haber dicho un día lo contrario de lo que al otro tuvo que decir. Los lectores habituales de la prensa periódica observan con estas polémicas un curioso fenómeno: que riñen los periodistas y paga siempre el país.

El domingo 25 del corriente se verificará en el Circo de Price, de dos á cinco de la tarde, una gran solemnidad musical, en que tomarán parte las dos bandas de ingenieros y la de artillería.

Siendo el objeto de esta funcion llevar á cabo una obra altamente humanitaria y aliviar un gran infortunio, no dudamos que el público cooperará al mejor resultado. Los palcos con entradas, 60 rs.; sillars, 8; delanteras, 5, y entrada general, 4 rs.

En un pueblo han caído últimamente varias exhalaciones: una de ellas en la escuela, donde no había niños á la sazón, á pesar de ser hora de clase.

Hé aquí una ventaja positiva de no asistir á clase y un argumento para los municipios enemigos de las escuelas: caen rayos en ellas.

Un muchacho de once años se durmió dias pasados en una lancha, en el puerto de Tarragona, segun su declaracion, y despertó en Barcelona. Conviene advertir que el muchacho añadió que iba solo en la lancha, y que esta se habia perdido en cuanto la dejó en tierra.

¿Querrán Vds. creer que la autoridad no creyó posible semejante verosímil historia?

Se esperan en España 60.000 fusiles comprados en los Estados- Unidos.

¿Qué lástima de país! ¡Todo el dinero hay que gastarlo en fusiles!

Recomendamos á las madres de familia el colegio de niñas de la calle del Prado, núm. 15, nominado de Santa Catalina. Con toda confianza pueden entregarsus hijas á la discreta y distinguida directora de este colegio, digna por todos conceptos de estimacion y respeto.

En el teatro de la Zarzuela se ensaya la titulada *El Maestro de Ocaña*. En esta obra no hay ni luces de bengala, ni mujeres desnudas, ni coristas hembras vestidas de hombre, ni música militar, ni procesiones, ni entierros, ni decoraciones de palacio de oro y plata, ni fuentes, ni cascadas. Todo en ella es sencillísimo. La idea está tomada, como en otras muchas zarzuelas, de una antigua comedia, y tomarán parte en el desempeño de la obra, la aplaudidísima Sra. Franco de Salas, la señorita Selgas y la Sra. Baeza, y los señores Rodriguez, Tormo, Crespo, Rosell y el nuevo tenor señor Pons.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.
calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Atocha, núm. 59, bajo.

À REAL LA LINEA.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO.

premiada en la Exposicion de Viena

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

Por un año 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Administracion, Atocha, 59, bajo.

LIBROS.

INTERESANTE A LA ESPORTACION

PARA ULTRAMAR.

Libreros y agentes comerciales.

Cuadernos de caligrafía por el profesor D. Enrique Bover, sexta edicion notablemente aumentada; coleccion de 25 elegantes muestras con excelentes máximas para la juventud en hermosos y variados caracteres de adorno.—Vendense en la librería de Hernando, Arenal 11, y en Barcelona, casa del autor, plaza del Rey, 2, 2.ª

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA

—1875—

Redactado por D. Carlos Frontaura, con la colaboracion de los Sres. Alvistur, Enciso, Guerrero, Gonzalez de Tejada, Bustillo, Ossorio, Perez de Guzman, Raceti, Sepúlveda, Solans y Trueba.

Se regala este magnífico ALMANAQUE, preciosamente impreso y lleno de grabados, á los suscritores de EL CASCABEL que renueven su abono por el año 1875, y á los nuevos que se suscriban por un año.

Es el mejor ALMANAQUE, el más elegante ALMANAQUE, el más completo ALMANAQUE.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo.

SERMON PERDIDO.

PROVERBIO EN UN ACTO.

LA FILOSOFIA DEL VINO.

FÁBULA EN ACCION.

Estas dos obras de D. TEODORO GUERRERO, representadas con gran aplauso, se han impreso juntas y se venden á 4 rs. en Madrid, Administracion de los *Cuentos de Salon*, Atocha, 59, bajo, y en la librería de Cuesta, calle de Carretas.

Se remiten ejemplares á provincias librando su importe á esta Administracion.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo